

obtuvo en la primera dieta de Nuremberg (1522), y murió de dolor después de haber leído la extensa memoria que allí se redactó contra la Iglesia romana. Clemente VII había encargado á su legado Campeggio de sacar á la Santa Sede de tan gran dificultad. Ese representante era hombre muy hábil, pero á pesar de eso no pudo lograr nada (1524); sólo los príncipes católicos, en interés de su fe y de sus coronas, formaron en Ratisbona una liga para su común defensa.

Rebelión de los campesinos (1525). — Inmediatamente después de la última reunión de esa dieta, los gérmenes de rebelión que Lutero arrojara en el corazón de los pueblos, empezaron á dar sus frutos. Los jefes de los anabaptistas, Tomás Muncer y Nicolás Storck, explotaron esas ideas de libertad y de independencia en provecho de la clase pobre. Muncer había penetrado en las minas de Mansfeld para predicar la rebelión á los infelices que trabajaban sumidos en subterráneos, y aquellos hombres ignorantes se armaron con sus piquetas y azadones para responder á los discursos incendiarios del propagandista. La insurrección empezó en Suavia y se extendió por la Franconia, la Turingia, la Alsacia, la Lorena y el Palatinado. Esas bandas indisciplinadas reclamaban la facultad de elegir por sí mismas sus pastores espirituales, el libre uso de los bosques, la disminución de los impuestos y el derecho de caza y pesca, bajo el pretexto de que en la persona de Adán habían recibido el imperio sobre los peces del mar y las aves del cielo. Lutero predicó la moderación, y como se negaran á escucharlo, aconsejó á los príncipes que los exterminaran. Su palabra fué oída, pues esos fanáticos sectarios, engañados por Muncer, que les prometía apoyo del Altísimo en el combate, se dejaron sorprender y degollar cerca de Frankhausen por las tropas del duque de Sajonia y del landgrave de Hesse. Muncer fué hecho prisionero y decapitado, y los insurrectos que sobrevivieron á la horrible matanza se dispersaron.

Casamiento de Lutero; sus controversias (1525-1527). — Mientras esa rebelión agraria llenaba de espanto á la Alemania, Lutero tuvo la desverguenza de poner colmo á sus escándalos casándose con

Catalina Bora, religiosa á la cual hizo salir de su convento. Melanchton, su fiel discípulo, se alarmó; los reformados lo condenaron, y la autoridad del antiguo monje perdió mucho; pero éste no disminuyó su ardor en la lucha que sostenía contra los sacramentarios. Al ignorante Carlostadt habían sucedido Zuinglio y Oecolampade. Lutero probó contra ellos, con argumentos poderosos é irrefutables, el dogma de la presencia real; pero se extravió, negándose á admitir con los católicos la transustanciación.

Conducta de los príncipes protestantes y de los príncipes católicos antes de la dieta de Augsburgo (1525-1530). — En medio de todas esas divisiones, los príncipes consultaban sus intereses políticos para saber qué partido debían seguir. Lutero ganó para su causa á multitud de señores al entregarles los bienes monásticos, y muchos soberanos no habían visto en la nueva doctrina más que un medio de hacerse absolutos, acaparando el poder religioso á la vez que el civil. Por el contrario, los católicos tomaban precauciones contra todos esos dogmas impíos é impidieron que penetrasen en sus Estados. Así fué que se celebraron diferentes dietas, después de las de Nuremberg y Ratisbona. Los reformados se confederaron en Torgau para contrabalancear la liga de los católicos. Éstos se reunieron sucesivamente en Augsburgo (1525), y en Spira (1527), y pidieron al emperador que procediese con mayor autoridad y vigor. Entonces el landgrave de Hesse hizo una leva de tropas y entró en campaña.

Los católicos no querían la guerra y hasta ofrecieron dinero al landgrave para que consintiese en desarmar. Reuniéronse por segunda vez en Spira (1529) y promulgaron un decreto en el cual dejaban á los luteranos la libertad de conciencia, condenando sólo á los anabaptistas y sacramentarios. No era posible tomar ninguna medida más discreta y prudente que esa; sin embargo, los reformados protestaron contra tal decisión, y de ahí les ha venido el nombre de *protestantes*. El elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el príncipe de Anhalt, los diputados de Estraburgo, de Nuremberg, de Ulm, de Constanza y

de otras varias ciudades, firmaron esa protesta.

Dieta de Augsburgo (1530). — Carlos V, que estaba entonces en Italia, firmó la paz con el papa y Francisco I, y se apresuró á convocar á su vez una dieta en Augsburgo. El emperador quería oír á los dos partidos antes de pronunciarse. Los protestantes expusieron sus ideas por boca de Melanchton, que formuló una profesión de fe conocida por el nombre de *confesión de Augsburgo*, y que en lo futuro sirvió de Credo común á los luteranos, si bien han cambiado después en muchos puntos. Carlos V vislumbró la ponzoña oculta en aquel insidioso formulario, lo desaprobó y decretó la rehabilitación de todas las creencias y ceremonias de la Iglesia romana que los innovadores habían abolido. Los protestantes debían someterse á ese decreto en el término de seis meses, bajo pena de recibir el anatema imperial (25 de junio de 1530).

Política de Lutero (1531-1534). — Carlos V no podía velar por sí mismo á la ejecución de su decreto de Augsburgo. Así fué que resolvió dar un jefe á la Alemania en la persona de su hermano Fernando, á la sazón rey de Austria, Bohemia y Hungría. Durante ese tiempo, Lutero trabajaba para que su innoble protector Felipe de Hesse tomase las armas. En una *Advertencia* dirigida á sus amados alemanes, les recomendaba *matar, quemar y tostar á todos esos perros papistas*. Entonces se organizó contra Carlos V una liga formidable, y fué inminente la guerra civil. La marcha invasora de los turcos reconcilió por un momento á los jefes de los dos partidos (1532). Pero cuando Solimán se hubo retirado, los luteranos se pusieron á despojar las iglesias é invadir las posesiones de los católicos. Sin embargo, éstos solicitaron un arreglo, y se formó en efecto la paz en Bohemia, sobre las mismas bases que en Nuremberg (1534). Concedíase á los partidarios de Lutero la libertad de conciencia; pero en ese tratado no fueron comprendidos los sacramentarios, ni los anabaptistas, ni los que no reconocían la confesión de Augsburgo.

De los anabaptistas (1534-1537). Esos anabaptistas, que todo el mundo proscribía, alzaron de pronto la cabeza en Westfalia. Un sastre de Leyde, Juan Bo-

cold, y un panadero de Harlem, Juan Matías, después de reunir secretamente un grupo de partidarios, se lanzaron de repente por las calles de Munster gritando: « Os volveréis á bautizar ó moriréis. » Los sacerdotes, los canónigos y los nobles huyeron ante aquellos delirantes fanáticos, y Juan Matías quedó dueño de la ciudad. Todos los anabaptistas de Suiza y de los Países Bajos se le unieron y así pudo obtener una gran victoria contra las fuerzas del obispo de Munster, Francisco de Waldeck, que se había lanzado á reconquistar su ciudad. Matías quiso, nuevo Gedeón, acabar con sus enemigos al día siguiente de su victoria, á la cabeza de cincuenta hombres, pero murió en esa descabellada empresa. Entonces Juan de Leyde hizo anunciar por un platero que el Espíritu Santo había pasado de Matías á él, y el crédulo pueblo se arrodilló inmediatamente ante el nuevo David, tributándole los honores que en otra época recibieran los reyes de Judá, prestando fe á sus burlescas profecías y aplaudiendo sus infamias. La ilusión no acabó sino cuando Munster fué tomado y Juan de Leyde hecho prisionero (1535). Lutero pidió á los príncipes que exterminaran á aquellos sectarios, y la asamblea luterana de Hamburgo los declaró á todos dignos de muerte. Así fué cómo surgió entre los pueblos protestantes persecución horrible, de que aun se glorían los anabaptistas.

Concilio de Trento (1545). — Esos siniestros acontecimientos no impedían á católicos y protestantes vivir en estado de mutuo recelo. Habíanse celebrado conferencias en Haguenau, en Francfort y Worms, las cuales sólo contribuyeron á envenenar los odios. Todo el mundo reclamaba un concilio general. Clemente VII había designado como punto de reunión Mantua, Bolonia ó Plasencia; pero los disidentes se negaron á presentarse en una ciudad italiana. Los teólogos de ambos partidos celebraron una entrevista en Ratisbona, sin poder entenderse sobre ningún punto esencial (1541). Entonces Carlos V impuso silencio á todo el mundo hasta la celebración del Concilio, y Paulo III tuvo la suerte de que los reformados aceptaran como lugar de cita la ciudad de Trento, y se convino en reunirse allí el 1.º de noviembre de 1542.

Progresos de la reforma. — Diversos acontecimientos retardaron tres años más la apertura del concilio, y en medio de todas esas tergiversaciones, la reforma continuaba realizando grandes progresos. El elector de Brandeburgo la introdujo en sus Estados; el duque Enrique la propagó por la Misnia y la Turingia (1539), y Federico II, le abrió libre campo en el Palatinado (1544); por último, la apostasía del arzobispo de Colonia le aseguró la mayoría en el colegio electoral del imperio. Esas noticias causaron viva inquietud al papa, quien supo sin sorpresa la negativa de los protestantes de acudir al concilio. Esa asamblea no dejó por eso de celebrar sus sesiones (13 de diciembre de 1545), y quebrantó en sus bases la reforma, proclamando la autoridad de la Iglesia, reconociendo la supremacía de la Santa Sede y declarando auténticos todos los libros de la *Vulgata*. Paulo III lanzó sus anatemas contra el arzobispo de Colonia, y se entendió con el emperador para contener los progresos de la herejía. Carlos V se alió, pues, con Roma, reunió tropas, y se dispuso á proceder con prudencia á la vez que con energía.

Muerte de Lutero (18 de febrero de 1546). — Vislumbrábanse por todas partes horribles tempestades. Los protestantes se agitaban, disponiéndose á resistir las colosales fuerzas del emperador. Lutero murió en el momento en que iba á estallar la guerra civil. Bastábale sin duda haber visto á los sacramentarios y los campesinos, sublevados por su palabra, hacer víctima de sus furioses á toda Alemania, y no sintió probablemente necesidad de asistir á nuevas catástrofes. Su cuerpo fué transportado de Eisleben á Wittenberg. Colocáronlo en un sepulcro abierto frente á su cátedra, y su discípulo Melanchton se encargó de hacer el elogio de su apostolado y sus trabajos en un extenso discurso.

Primera guerra de los protestantes en Alemania (1546-1547). — Antes de llegar á las manos, Carlos V, puso en juego todos los recursos de la política para sembrar la división entre los protestantes. De esa manera logró separar de este partido á los margraves de Brandeburgo, Carlos y Alberto, y al

ambicioso Mauricio de Sajonia. Cuando se creyó seguro del éxito, lanzó los anatemas imperiales contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y comenzó el ataque con la toma de Neuburgo, de Donawerth y de Dillemburgo. Durante ese tiempo, Mauricio penetraba en Sajonia é invadía los Estados del elector. Juan Federico se vió entonces obligado á separarse de sus aliados para ir en socorro de sus vasallos, de manera que la liga protestante quedó disuelta en pocos meses.

Batalla de Mühlberg (1547). — Carlos V triunfaba, cuando de pronto cambió la fortuna de las armas. El elector arrojó de sus Estados, haciéndolo prisionero, á Alberto, margrave de Brandeburgo, que había llevado socorros á Carlos. Para colmo de desgracia, el emperador supo al mismo tiempo que su hermano era inquietado en Moravia y Bohemia, y que Francisco I acababa de excitar en contra suya á los turcos, los venecianos y los daneses. Felizmente, la muerte del rey de Francia dejó sin efecto esta última coalición, y Carlos V no tuvo más adversarios que los protestantes. Juan Federico, que había acampado á orillas del Elba, bajó luego por el río hasta Mühlberg, donde el emperador lo venció y lo hizo prisionero (25 de abril de 1547).

Poderío de Carlos V (1546-1551). — Después de su victoria, el emperador exclamó, parodiando á César: « He llegado, he visto, y Dios ha vencido. » Nunca hubo, en efecto, batalla más decisiva. El elector y el landgrave de Hesse quedaron prisioneros del emperador, que los humilló y los despojó de sus Estados. Carlos V hizo arrasar todas las fortalezas de sus enemigos, se apoderó de su artillería y, habiendo concedido á Mauricio el electorado, lo envió á Italia, á los Países Bajos y á España. Árbitro de los destinos de la nación germánica, Carlos V creyó poder serlo también de la fe: rodeóse de teólogos y dictó la fórmula que debían aceptar católicos y protestantes, mientras eran conocidos los acuerdos del concilio (15 de mayo de 1548). Ese decreto, que sólo era provisional, recibió el nombre de *interim*. Aunque estaba conforme casi por completo con la doctrina católica, descontento á

todo el mundo, porque nadie reconoció al emperador derecho para dictar órdenes en semejante materia.

Traición de Mauricio de Sajonia (1551). — La mayor parte de las ciudades de Alemania se declararon abiertamente contra el *interim*, y el mismo elector se negó á recibirlo. Ese ambicioso príncipe, que oía las quejas universales de los protestantes, resolvió ponerse al frente de ellos y humillar al emperador, por más que éste fuera quien lo había elevado al puesto en que se hallaba. Así fué que, al recibir la orden de marchar contra Magdeburgo, que era la ciudad más resuelta á no aceptar el *interim*, prolongó cuanto pudo el sitio y se alió en secreto con el rey de Francia, Enrique II.

Segunda guerra de los protestantes (1552-1555). — Carlos V no creyó en su traición más que cuando lo vió invadir la Franconia con los de Hesse y las tropas del margrave Alberto. La posición del emperador era crítica: sin dinero y sin ejército, hubiese querido ganar tiempo en negociaciones; pero Mauricio, que lo adivinó, cayó de pronto sobre el Tirol y estuvo á punto de hacerlo prisionero en Insprück, donde se hallaba enfermo. Salvóse de ese peligro, pero tuvo que firmar en Passaw una transacción por la cual renunciaba al *interim*, devolvía la libertad al landgrave de Hesse, y se comprometía á reunir una dieta en el término de un año para acabar con todas esas discusiones religiosas (1552).

Paz de Augsburgo (1555). — Después de eso, Carlos V volvió sus armas contra el rey de Francia; pero el fracaso que sufrió bajo los muros de Metz (1553) y su derrota junto á Rentí (1554) le hicieron desear la paz. No obstante la transacción de Passaw, Alemania seguía siendo presa de las turbulencias. Mauricio se había visto obligado á tomar las armas contra el margrave de Brandeburgo, el turbulento Alberto, muriendo en la batalla que le ganó en las llanuras del ducado de Luneburgo (1553). Entonces cesaron en su hostilidad los diferentes príncipes alemanes y se firmó en Augsburgo paz definitiva, garantizando á los reformados el libre ejercicio de su religión y la posesión definitiva de las propiedades que arrebataran á las iglesias. Cada príncipe quedaba facultado para deter-

minar qué religión sería la dominante en sus Estados, pero sin obligar por eso á sus vasallos á adoptarla. Además, los ciudadanos podían en adelante cambiar de país, si lo juzgaban oportuno por sus ideas religiosas.

§ III. — *De la reforma en los Estados escandinavos, en Prusia y en Livonia.*

De la reforma en Dinamarca. — El rey de Dinamarca, Cristián II, se había hecho odioso por su crueldad. En consecuencia se alzaron contra él sus vasallos, reemplazándolo por su tío Federico de Hols-tein (1523). Este príncipe era amigo de los innovadores y de sus doctrinas. Así fué que se apresuró á introducir las en sus Estados, con objeto de aumentar su autoridad, arruinando la de los obispos, que le hacían sombra. La reforma se extendió por todo su reino con asombrosa rapidez. En vano lucharon contra ella los obispos, pues se les acusó de hacerlo en defensa de su interés personal y de su ambición. Los príncipes de la Iglesia se vieron expulsados de sus sedes, los monasterios entregados al saqueo, y se adoptó la confesión de Augsburgo (1530).

Cristián II procuró reconquistar su trono, proclamándose defensor de los católicos, pero Federico I le propuso una entrevista, y no se avergonzó de violar en su persona los más sagrados derechos haciéndolo prisionero. Encerráronlo en el castillo de Sanderburgo, en la isla de Asen, donde murió al cabo de veintinueve años de cautiverio. Federico no sobrevivió más que un año á su infame cobardía (1533).

Después de un año de interregno, los nobles coronaron á su hijo Cristián III (1534). El primer acto de ese príncipe fué decretar abolida la religión católica. Mandó prender á los obispos, y los citó á una dieta que había reunido en Copenhague. Allí los declaró responsables de todos los males causados por la última guerra, y en virtud de esa inicua acusación los despojó de su autoridad, confiscó sus bienes, y los redujo á prisión, reemplazándolos luego por teólogos protestantes, que recibieron encargo de propagar el luteranismo.

Noruega se sublevó contra esas tiránicas disposiciones; pero Cristián le impuso su voluntad por la fuerza, y obligó á los religiosos á abandonar sus monasterios. Islanda también se conmovió en el seno de sus hielos para protestar enérgicamente en favor de su religión tradicional. Para dominar á esos desgraciados pueblos hubo que recurrir á la fuerza material, y la espada cortó las cabezas de cuantos se negaron á creer en la palabra de Lutero.

Desde entonces quedó dominando en Dinamarca la religión protestante. Es verdad que Carlos V procuró reanimar el partido de Cristián II; pero tuvo que reconocer á Cristián III en 1544, bajo la única condición de que los holandeses tendrían el derecho de navegar en el Báltico. Esa concesión fué el golpe mortal dado á la liga hanseática. Cristián III se ocupó durante el resto de su reinado en la administración interior de su país, las ciencias y las letras, y dejó el trono en 1559 á su hijo Federico II.

De la reforma en Suecia. — Suecia, unida á Dinamarca y á Noruega, gemía bajo el férreo yugo de Cristián II. Gustavo Wasa, que había sido hecho prisionero por aquel príncipe, rompió sus cadenas en el momento mismo en que la barbarie de Cristián inundaba de sangre su país (1520). Por de pronto vagó por los desiertos de la Dalacarla vestido como pobre campesino, pero cuando creyó que había sonado la hora de la rebelión, arengó á aquellas desgraciadas poblaciones, y no tardó en verse al frente de un ejército de más de 20.000 hombres. Westeras, Upsal, y otras grandes ciudades le abrieron sus puertas. Ya no le quedaba más que tomar Abo, Calmar, y Estockholmo, cuando la caída de Cristián II en Dinamarca facilitó sus designios. Á partir de ese momento, la nación lo proclamó unánimemente (1523).

Por desgracia, el libertador era afecto á la doctrina de Lutero. Dos hermanos, Lorenzo y Olaus Petri, habían extendido por Gothia los primeros gérmenes de aquella desde el año 1519, y Gustavo Wasa se dejó seducir durante su residencia en Lübeck. Una vez rey, favoreció las predicaciones de los luteranos, y procuró atraerse por la dulzura á los obispos católicos.

No habiendo podido lograrlo, convocó los estados generales en Westeras, y decretó la confiscación de todos los monasterios é iglesias, declaró excluidos de los asuntos públicos á los sacerdotes católicos, y prohibió las relaciones con Roma. Habiendo sido coronado solemnemente poco después en Estockholmo, consumó la ruina del culto católico, prescribiendo á las iglesias la liturgia que deberían seguir (1528). Murió en 1560, á los treinta años de reinado, dejando reputación de gran guerrero, de profundo legislador y hábil político. Su error fué haber abusado despóticamente en beneficio del error de los dones que le otorgara el cielo.

De la reforma en Prusia y en Livonia. — Prusia y Livonia se hallaban bajo la dominación de los caballeros teutónicos y de los portaespadas, que se apoderaron primitivamente de esas regiones para establecer en ellas el culto del Evangelio. Pero desde hacía mucho tiempo se hallaba enervado el valor de esas dos órdenes militares, y muy debilitada en su seno la fe.

Alberto de Brandeburgo, gran maestre de los caballeros teutónicos, imitó por ambición á los demás príncipes, declarándose en favor de la reforma, á fin de librarse de su juramento y poder casarse. Hizolo efectivamente en 1515 con la princesa Dorotea, hija del rey de Dinamarca, y declaró hereditario en su familia su poder. La mayor parte de los caballeros se dejaron arrastrar por el ejemplo de su jefe, y Prusia quedó separada de la grey católica.

Los caballeros portaespadas se habían separado de los teutónicos en 1521, y su provincial, Walter de Plettenberg, fué elegido soberano de Livonia. En tiempo de ese príncipe fué cuando penetró el luteranismo en el mencionado país; pero la revolución religiosa no quedó consumada definitivamente hasta Gottardo Ketler, último gran maestre de la orden (1559). Para perpetuar el poder en su familia, Walter se casó, como lo había hecho Alberto de Brandeburgo, y á imitación de éste firmó también un tratado con la Polonia, declarándose vasallo de ese reino, bajo la condición de recibir los ducados de Curlandia y Semi-

galia á título de posesión hereditaria, y de que el luteranismo fuese la religión dominante en Livonia (1571). De ese modo quedó este país, lo mismo que Prusia, separado del catolicismo, por convenir así á la ambición del soberano.

Resumen de este capítulo. — La reforma da en cierto modo la vuelta á Europa, aunque presentando en todas partes el mismo carácter. Su pretexto es combatir la autoridad de la Iglesia, contra la cual se rebela; pero la idea religiosa no tarda en dejar libre el campo á la política, y vemos á los pueblos arrastrados por los soberanos, que los engañan sobre sus verdaderos intereses.

I. El movimiento empieza en Suiza. Un cura de Glaris, Zuinglio, protesta contra las indulgencias antes que Lutero (1516). Ese violento y fogoso espíritu se había penetrado de los autores paganos más bien que de la doctrina cristiana, y sus errores agitaron toda la Suiza. Esas predicaciones producen turbulencias; los reformadores no se entienden entre sí y tienen por adversarios naturales á los católicos, que contradicen é insultan. La guerra civil resulta inevitablemente de todo eso; triunfan los católicos y entre los muertos queda el cadáver de Zuinglio (1531). Calvino aparece poco después, alzándose como Lutero contra la Iglesia romana, pero enseñando doctrina propia y personal, que lo convirtió en segundo jefe del protestantismo. Establecióse en Ginebra y dió á esa Iglesia constitución nueva, que le convirtió en dueño absoluto de la ciudad. . pesar de lo tiránico que era, su doctrina se extendió por Alemania, los Países Bajos, Francia y la Gran Bretaña, desde donde pasó más tarde á América.

II. En Alemania, el autor de la reforma es Lutero, monje sajón que se rebela contra Roma por no haber sido designado para predicar las indulgencias (1516). Ataca este principio mismo y entra en lucha con los más célebres doctores alemanes. Su doctrina es condenada por León X (15 de enero 1520). En vez de someterse, quema la bula que lo condena y las decretales de los papas (10 de octubre de 1520). Luego se presenta ante la dieta de Worms, y esa asamblea no hace más que aumentar la importancia de Lutero y de su rebelión (1522). Su protector Federico lo hace encerrar en el castillo de Wartburgo, y desde allí lanza sobre Alemania sus incendiarios escritos. Mas, apenas fué proclamado el principio del libre examen, cuando cada cual quiso usar de él en provecho propio. Carlostadt se separó de Lutero, y Muncer se puso al frente de los anabaptistas. Estos últimos se alzaron en armas en Franconia, Turingia, Alsacia, Lorena y el Palatinado (1524). Lutero aconsejó á los príncipes que exterminasen esas bandas indisciplinadas, como lo hicieron efectivamente, pasándolas á cuchillo cerca de Frankhausen. Entonces el monje sajón puso colmo á sus escándalos casándose con una religiosa, Catalina de Bora. Las divisiones aumentaban de día entre los reformados, relativamente á sus doctrinas. Los príncipes alemanes no se preocuparon gran cosa de tales controversias y consultaron sólo sus intereses. De ese

REFORMA EN INGLATERRA Y ESCOCIA. ENRIQUE VIII. 421

modo quedó Alemania dividida en dos partidos, los católicos por una parte, y por otra los innovadores, que tomaron el nombre de *protestantes*. Al fin la confesión de Augsburgo dió mayor unidad á la reforma bajo el aspecto religioso (1530), y Lutero no vaciló en aconsejar á sus partidarios que tomasen las armas contra los católicos. Pero ambas agrupaciones enemigas hicieron la paz (1534), y los reformados se limitaron á atacar de nuevo la secta de los anabaptistas que, aun cuando salida de su seno, los espantaba con sus excesos (1535). Poco después se celebró el concilio de Trento, que promulgó la fe católica relativamente á todos los puntos negados ó discutidos por los reformadores (1545). Entonces se agitaron de nuevo los protestantes, y Lutero murió en el momento mismo en que iba á entablarse otra vez la lucha (1546). Esa guerra fué ventajosa para los católicos. Carlos V derrotó á los protestantes en la batalla de Muhlberg (1547), y á pesar de la defección de Mauricio de Sajonia y la pérdida de los tres obispados, Metz, Tul y Verdún, que Francia arrancó al emperador, éste pudo concluir la paz de Augsburgo, que puso término, temporalmente al menos, á las guerras de religión en Alemania (1555). Carlos V abdicó al año siguiente.

III. En los Estados del Norte, la reforma fué introducida por los príncipes. El rey de Dinamarca Federico I, que había destronado á Cristián II, favoreció el establecimiento del protestantismo en ese país, porque vió en esa nueva religión medios de hacerse independiente (1530). Su hijo, Cristián III, acabó la realización de esa idea (1534). En Suecia, Gustavo Wasa, libertador de este país, se erigió también con el mismo objeto en celoso propagador del luteranismo. Al dar en tierra con la religión cristiana en su reino, destruyó el poder religioso que le hacía sombra, y de ese modo llegó á la realización de sus ideas, todas encaminadas á hacer absoluto su poder. Prusia fué llevada al protestantismo por Alberto de Brandeburgo y la Livonia por Gottardo Ketler, personajes que secularizaron los órdenes de las cuales eran grandes maestros para hacer hereditario el poder en sus familias. Así pues, la ambición de los soberanos fué la causa principal de los cambios que entonces se efectuaron en el espíritu religioso de los mencionados pueblos.

CAPÍTULO XXVIII.

LA REFORMA EN INGLATERRA Y EN ESCOCIA. ENRIQUE VIII. EDUARDO VI. MARÍA TUDOR. ISABEL Y MARÍA ESTUARDO (1).

La reforma no tuvo en Escocia el mismo carácter que en Inglaterra. Para triunfar en el primero de esos países, los inno-

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las historias generales de Inglaterra y de Escocia, véanse: Audin, *Historia de Enrique VIII*; Bossuet, *Historia de las variaciones*; Cobbett, *Historia de la reforma* y las diferentes monografías de María Estuardo.